

la que ella misma configura, ni otro sujeto político que el constituido por su propio grupo. ¿Será inútil recordar lo que ya dice y prefigura el *Defensor Pacis* que Marsilio de Padua publica en 1324? ¿Estará demás recordar que ya en tiempo tan remoto piensa Marsilio que «... los hombres se han unido para vivir la vida de forma suficiente, procurarse las cosas necesarias e intercambiarlas mutuamente...» para cubrir las necesidades de la vida presente?¹⁹ La finalidad suprema de la organización civil de los hombres es asegurar la buena marcha de los intercambios.²⁰ Y eso se repite en John Locke, en Adam Smith, por supuesto que en Bentham y otros pensadores de mayúscula influencia. ¿Y acaso entre nosotros, en los Alberdi, Mitre y Sarmiento, podía ser otro el pensamiento, máxime cuando el pueblo aún vivía impostado en una realidad que no reclamaba ni el Estado ni la nación?

3. Independencia: las muchedumbres

Era necesario construir las imágenes de quienes habían ganado la independencia como figuras principales, como segundones y como contrafiguras; era preciso dar cuenta de cómo el pueblo bajo —los grupos subalternos regionales— había participado en el trascendental evento. El punto de partida no podía ser otro —dificilmente hubiera podido serlo— que el de las concepciones sobre las masas nativas de que ya dimos cuenta. Con las consabidas excepciones.

Alude al problema la polémica que Mitre y Vélez mantienen en torno a la historia de Belgrano, del primero, y que comienza Vélez con unos artículos en que no se identifica inicialmente como autor; aparecen en *El Nacional*.²¹ Ataca Vélez diciendo que «... no son los pueblos, la causa de nuestros errores en los primeros años de la revolución; sino los jefes que se pusieron a la cabeza de ellos. Pero ahora, para crear héroes con atributos

¹⁹ Gérard Mairet, «La ética mercantil», en *Historia de las ideologías, edición citada*, p. 177.

²⁰ Gérard Mairet, «La ética mercantil», edición citada, p. 175. Conviene recordar que Bentham subordina las razones de la igualdad a las de la seguridad. «Consultando el gran principio de la seguridad, ¿qué debe decretar el legislador con respecto a la masa de propiedad ya existente? Debe mantener la distribución tal como se encuentra en la realidad establecida.» Y agrega que si en Hungría el labrador está preso en la gleba y en Rusia es un esclavo, «... el supremo principio de seguridad exige la preservación de todas esas distribuciones». En «Principles of the Civil Code», parte I, cap. II, p. 119, incluido en la obra *The Theory of Legislation*, organizada por C.K. Odgen, Londres, 1931. En los «Principles...», capítulo XIII, sección, p. 81, Bentham excluye expresamente de la participación democrática a los trabajadores, los no instruidos, los dependientes y las mujeres.

Por su parte James Mill en 1820 considerará prudente excluir del voto a todas las mujeres, todos los hombres menores de 40 años y los más pobres; estos últimos constituían un tercio de los varones mayores de la edad indicada. En *An Essay on Government*, organizado por E. Barber, Cambridge, 1937, p. 45. Diez años después en su artículo «Gobierno», sostendrá que «... la cuestión del gobierno es adecuadamente asunto de ricos, y ellos siempre lo obtendrán, por medios condenables o buenos», en «On the Ballot», *Westminster Review*, julio de 1830.

Y un dato final: a finales de 1911 en el Reino Unido sólo el 59 % de los adultos de sexo masculino estaba inscripto en los registros electorales. En C.B. Macpherson, *A Democracia Liberal*, Zaher Editores, Rio de Janeiro, 1978, p. 55. Para este autor, en la concepción de Bentham y James Mill, no así en la de James Stuart Mill, el hombre es admitido como algo inalterable, como algo que habría diseñado la sociedad de mercado de una vez y para siempre. Obra citada, p. 53.

²¹ La polémica fue publicada bajo el título de *Estudios históricos sobre la revolución argentina*, de Bartolomé Mitre, con los artículos de Vélez Sársfield en calidad de apéndice titulado «Rectificaciones históricas», edición citada.

que jamás tuvieron, es preciso infamar a los pueblos y dar el mérito de los hechos a hombres muy dignos por cierto; pero que lejos de arrastrar las poblaciones con su palabra o su conducta fueron arrastrados por ellas...»²² Acusa Vélez a Mitre de disminuir la figura de Güemes y de haber compuesto en la *Historia de Belgrano* «... el estudiado panegírico del héroe, y no la historia verdadera de una grande época».²³ En lo esencial levanta la figura del caudillo salteño, y a las gentes de pueblo que lo acompañan; afirma igualmente que en 1812 había otros jefes que hubieran podido hacer tanto o más que Belgrano, y cita a Arenales y Moldes en Salta, a Santiago Carrera en Córdoba. Acusa a Mitre de falsificar la historia, de hacerlo interesadamente.

En la obra criticada por Vélez, Mitre sostiene que las «multitudes campesinas» (y aquí alude a las de la Banda Oriental) vivían «desagregadas» de la vida social y política, que eran «semibárbaras»; pero esa que también llama segregación tiene un punto de referencia: la ciudad. «La insurrección de la Banda Oriental, nacida en las campañas, sin un centro urbano que le sirviese de núcleo, privada así de toda cohesión y de todo elemento de gobierno regular...», anota Mitre,²⁴ posee una tara fundacional. Y aquí, en este punto, voces que vienen de la historia nos susurran; aguzando el oído escucharemos a no pocos cronistas de la conquista que han encontrado en Mitre un eco que no por distante resulta imprevisible. Porque aquellos laicos y asotanados que pusieron por escrito sus visiones de los indígenas, filtradas por concepciones de cómo debía ser una sociedad humana, habían declarado bárbaras y subhumanas a gentes que al parecer desconocían las ciudades, las formas del Estado, del poder, de la autoridad. Europa no reconocía en los nativos de este mundo declarado «nuevo» y por lo tanto imperfecto, lo que reputaba de relaciones e instituciones propias de civilizados. Y si más tarde y a regañadientes los grandes «imperios» precolombinos fueron excluidos siquiera parcialmente de esa tacha, ella siguió valiendo para las sociedades no gobernadas por incas, mayas y aztecas. Gentes sin Estado y sin ciudades eran decididamente salvajes.²⁵ O lo eran las gentes campesinas marginadas del poder y la urbe. Y el que Mitre haya sustentado esta idea no es producto de milagro o coincidencia puramente casual. Es una de las «ideas matrizadas» a que hemos aludido; ideas que corresponden a la matriz del pensamiento eurocéntrico. Antes de ahora se lo escuchamos a Alberdi cuando embiste ferozmente contra los indígenas: ¡no habrían fundado ciudades!

Pero la idea tiene su linaje, como que al parecer nace en la antigua Roma y signa toda una concepción que ve en la urbe el principio ordenador de un orbe; un orbe que sólo deviene cosmos a partir de esa ordenación y que antes de ella apenas si ha sido caos. Idea que se emparenta con una más antigua sustentada por los griegos, para quienes la civilización de que son portadores —y lo son fundamentalmente en las ciudades— traza en torno suyo una frontera de barbarie. Pero en este caso «... los bárbaros

²² Vélez Sársfield, *apéndice*, obra citada, p. 225.

²³ Vélez Sársfield, *apéndice*, obra citada, p. 233.

²⁴ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y la independencia argentina*, Obras Completas, vol. VII. *Ordenadas por el Honorable Congreso de la Nación*, Buenos Aires, 1940, p. 387.

²⁵ Cfr. Las sociedades contra el Estado, de Pierre Clastres, Monte Avila Editores, Barcelona, 1978, capítulo XI.

son los otros arrojados del lado de la cuasi animalidad puesto que están privados de lenguaje...»²⁶ Y es claro, sin lenguaje no puede haber organización política, leyes, autoridad, jerarquías y valores. No puede haber ciudad. Los griegos precisan de los otros para sentirse civilizados; la anticivilización es el no ser que les permite afirmarse como ser civilizado. Una se identifica por comparación y diferencia con la otra.²⁷

La campaña de la Banda Oriental es, pues, el caos; allí las multitudes desagregadas, «emancipadas de toda ley», harán la insurrección «política y militarmente ingobernable».²⁸ ¿Pero y el caudillo? ¿Y Artigas? ¿No es acaso el caudillo Artigas un principio agregador en favor de la insurrección contra la autoridad colonial? Respuesta: entregadas las multitudes «al arbitrio del caudillaje local» transformaron la insurrección y vino a dar en alzamiento «contra la sociabilidad argentina»: ²⁹ ella —la insurrección— hizo «... brotar otra revolución social del seno mismo de la revolución política».³⁰

Mitre escribe: «sociabilidad argentina». Es absolutamente improbable que aquí estén sobrando palabras, por ejemplo la palabra «argentina». De lo que podrá deducirse que lo otro no es «sociabilidad» (porque una multitud desagregada no lo es), ni es argentina. Lo argentino es lo que está en la ciudad, lugar de la vida política regular donde las jerarquías existen y se respetan, donde las diferenciaciones de cualquier naturaleza que fuere no se subordinan a confusión alguna de los cuerpos, a principio alguno igualador como el que estaría postulando la revolución más allá de lo político (y aquí revolución política entendida como cambio de sistema de gobierno) que emerge de la multitud rural.

Mitre delimita el espacio de la vida ordenada, civilizada y por lo tanto regulada. No de una manera diferente que los antiguos griegos muestran lo que hay más allá y le dan el mismo nombre que aquéllos: la barbarie. Y ésta, en tanto presencia malévol y actuante cohesiona a la civilización y le da una identidad también por diferencia y comparación. Y obviamente por exclusión. Y ahora, en esta insurrección de la Banda Oriental la ciudad está ausente como principio político que ordena, encuadra, jerarquiza, distribuye papeles sociales, establece relaciones entre los sexos, las generaciones, los grupos diferenciados. La ciudad que constituye el cosmos no está presente; luego es el caos. Bastante después que Mitre hubiera escrito lo que estamos analizando Juan Agustín García (h) lo dirá de la siguiente manera: «Lo que se llamaba masas democráticas desempeñaron el papel de espíritu que niega. Eran el símbolo del caos, de la miseria, de la ignorancia».³¹

Mitre da una descripción sintética y correcta de lo prenatal, identificado con el virreinato: «... no era [...], un organismo articulado. Era un cuerpo informe, una aglomeración de elementos heterogéneos, dispersos en una vasta extensión de territorio casi

²⁶ Jean Paul Dumont, «El Occidente y los bárbaros», en *El etnocidio a través de las Américas, Siglo XXI, España, 1976, p. 285.*

²⁷ Jean Paul Dumont, obra citada, p. 286.

²⁸ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano...*, edición citada, p. 387.

²⁹ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano...*, edición citada, p. 387.

³⁰ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano...*, edición citada, p. 387.

³¹ Juan Agustín García (h), *Nuestra incultura, Editorial Claridad, Buenos Aires, sin fecha, p. 70.*